

MARCA
REGISTRADA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
Telégrafo LIBROJA.Apartado 547.—Teléfono 1843.
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

EL BACHILLER CORCHUELO

Bohemia en amor.

LUIS ESTESO

...Y vamos tirando.

JERÓNIMO GÓMEZ

La verdad por delante.

ANTONIO HERREROS

Misterio.

TOMÁS ALMODÓVAR

Sal y pimienta.

ALMODÓVAR, DEMETRIO Y CIRIA

Varios dibujos y retrato de

Heliet.

5 cénts.

Una de las hermanas HELIET (la rubita)
que como ustedes ven es una preciosidad; bueno, pues
además balla maravillosamente
y tiene unas pantorrillas...





Yo admiro fervientemente á la Liga de clases medias, entidad social eminentemente bienhechora. La admiro por lo de la Liga y por lo de la media, y claro es, que el que admira la liga, admira la media á no ser que la parte interesada lleve calcetines, en cuyo caso no he dicho una palabra.

Mi culto á esa Liga es porque es una co-

CÓMO SE INSINÚAN LAS JAMONAS CON LOS TÍMIDOS



—¡Por Dios, Pepito; no mire usted mientras me subo la media, porque no llevo pantalones!

lectividad que no cesa un momento procurando el bien del vecindario. Va, viene, torna, publica protestas, convoca reuniones, visita á las autoridades, se mueve, en fin, sin cesar; y una liga bien movida, que trata de dar gusto agitando la masa, es el ideal de lo apetecible.

Unas veces se encara con nuestro Ayuntamiento y le dice cuatro lindezas, porque nos cobra el impuesto de inquilinato y otras le increpa porque no suprime los derechos de introducción de la carne fresca y salada y reclama á voz en cuello que la podamos meter libremente, ora en forma de solomillo tierno y sabroso ó ya adaptando la del terso y macizo embuchado. La cuestión es introducirla, que la forma es lo de menos. Ultimamente se ha liado con la contribución del Estado y se lamenta de que la tenemos muy crecida, con lo cual yo he de hacer constar que no estoy conforme, pues por lo que á mí se refiere, me place mucho que exista y aun que se aumente el crecimiento.

Después de trabajar en este ramo de los impuestos municipales y del Estado, la Liga extenderé, su acción, y aquí viene la duda.

¿Vendrá á sustituir á aquella otra afortunadamente ya desaparecida de padres de familia, que tanto gusto nos dió hace algunos años, ó por el contrario, se dedicará al amparo y protección de las partes débiles? ¿Abogará por el tango con molinete ó reclamará que se suprima la machicha con y sin movimiento de rotación? He aquí el problema, el enigma desconocido.

Por lo pronto ya se han alborotado los miembros que la constituyen, porque la clase media no ha hecho caso de sus prédicas y excitaciones, y se ha resistido á elegirles candidatos á concejales, cuando ellos, conocedores de la torcida y descarriada que anda la Casa de la Villa iban á hacer el sacrificio de enderezárnosla, tanto mas ahora que se han enterado de que entre los ediles de nuevo cuño hay uno



Ella.—¿Pero por qué no te acuestas? Mira que no me gusta estar sola y que estoy muy nerviosa.

El.—No, no me acuesto, tengo que meditar á solas, tengo que resolver un asunto político de los muchos que pesan sobre mi cabeza.

Ella.—Pues como hagas muchas veces la faena de dejarme dormir sola, vas á tener muchos más asuntos sobre la cabeza.

que no sabe leer ni escribir, pero que gracias á sus muchos compromisos tiene la casa constantemente llena de clientes y gana el dinero á espuertas. Y en esta clase de negocios es en los que precisamente deben intervenir las ligas, y aun las medias, sean de la clase que quieran, ya de las sociales ó ya de las de Tolosa que es una clase muy buscada sobre todo en invierno.

Pero en este mundo de envidiosos é imitadores, no se puede hacer nada original; en seguida viene la vil copia. Ya tienen ustedes funcionando la «Liga de los derechos del Hombre», institución recién salidita del horno y de la que han nombrado presidente al doctor Simarro, que ó mucho me equivoco, ó sí que marra en eso de tenerlo derecho con ó sin Liga.

A pesar de la amistad que me une á algunos de sus directivos, declaro que esa es una institución altamente egoísta, y que

para contrarrestar sus fataros efectos, es preciso organizar, á toda prisa, la Liga de los derechos de la Mujer que es, en sana lógica, la más necesitada, de que si le cabe alguno, que sea lo más Derecho posible.

Sobre quién ha de ser la presidenta no debe haber duda de ningún género; la Fornarina, que acaba de demostrar que le pertenecía todo el derecho, en eso del lío de las alhajas.

Una Liga de los derechos de la Mujer, será el disloque de éxito. Cada socia la llevará con broche de oro y grabado en ella su nombre escrito en piedras preciosas. No faltarán miembros honorarios, que costeen el distintivo.

Yo me propongo á mí mismo para un cargo; el de inspector general de esos distintivos. ¿Hace?

Mi misión, como la de los revisores de los billetes de los tranvías, consistirá en

Bohemia en amor

Departamento de primera clase de un coche del ferrocarril de M. Z. y A. Es de noche.

EL.—Joven, guapo, buen mozo, elegante, tipo de estudiante hijo de familia distinguida.

ELLA.—Joven también, aunque algo menos que él. Una mujer preciosísima, rubia, con cara de muñeca, y ojos negros, que, al mismo tiempo que atraen y tientan, infunden algo respetuoso y digno, bastante inexplicable. Por su manera de vestir, elegantísima y original, de tonos claros y oscuros, con más contrastes que la vida real, es imposible adivinar su estado, ni su condición.

EL.—(Para sus adentros.) ¡Cómo me fastidio!... No puedo fumar, ni dormir, porque, viajando con esa señora ó señorita —¡cualquiera adivina su estado!— sería una grosería imperdonable, un delito de lesa belleza... ¡Qué bonita!... Y mira de un modo que no sé si atrae provocativa ó... ¡No me entiendo!... Sus ojos que parecen dos brillantes esferas del carbón, al mi-



Ella.—Quiero ser franca; mi vida es algo muy oscuro que yo debo descubrir á usted.

El.—Pues mire lo que son las cosas; para esos dramas de la vida soy muy valiente, en cuanto veo una cosa oscura, me tiro de cabeza con un valor extraordinario para tocarlo de cerca.

fiscalizar si alguna no lo tiene, cosa después de todo muy corriente.

No crean ustedes que será tarea tan fácil, porque habrá muchísimas que dirán que lo tienen y cuando llegue el momento de demostrarlo, se verá que estaban equivocadas por completo.

Porque suele haber lamentables sospechas y chascos desagradables.

Y á lo mejor, habrá socias de la Liga, que creyendo que lleva seguro su distintivo oficial, resultará que se lo quitaron sin darse cuenta las pobrecitas.

¡Y eso sí que debe dar la mar de rabial

Un pequeño REPORTE

—¿Que estás ahorrando para comprar el Almanaque de "La Hoja"?

—¡Pero si va á costar una pequeñez!



—¿Y á ustedes qué les importa lo que vamos á hacer nosotras, curiosones?



rarme, que-
man como si
ardieran... ¡Lle-
vamos cerca de
media noche
en el tren, y no
he podido cru-
zar con ella
más que algu-
nas palabras
de fría corte-
sía!... Yo no la
miro ahora, y,
sin embargo,
estoy sintien-
do el calor de
sus ojos sobre
mis mejillas.
¡Si pudiese en-
tablar conver-
sación con ella!
Hasta ahora,
sólo ha res-
pondido con
monosílabos.
Cuando par-
to de ella mi
inquieta vis-
ta, sus ojos
juguetones
me asaetean;
y yo, que
nunca he si-
do tímido, no
me atrevo á
sostener sus
miradas, que
no sé si lla-
mar angeli-

cales ó diabólicas. Y es que, detrás de la
alegría semilasciva y semiburlesca de és-

tas, hay algo se-
rio que le con-
tiene á uno. ¡Eal
Voy á ver si
rompo el hielo
de este silencio.
La ocasión es
soberbia para
trasladarme des-
de mi asiento al
que está enfren-
te del suyo. (Le-
vantándose de
su asiento y di-
rigiéndose á la
ventanilla, á cu-
yo lado está
ELLA. (En voz
alta.) ¿En qué
estación esta-
mos?... No se
puede saber.
La ilumina-
ción no per-
mite ver el
nombre del
pueblo, y el
mozo encar-
gado de pre-
gonar los mi-
nutos de pa-
rada, parece
que no cobra,
según refun-
foña de enre-
vesado y de
mal. ¡Eh, mo-
zol ¿qué es-

tación es esta?... bien, muchas gracias.
(Subiendo el cristal de la ventanilla y sen-

Núm. 3. de «Modelo de piernas».

tándose enfrente de ELLA.) [Aun nos queda más de media noche de tren! ¡Qué pesado es viajar de noche!

ELLA.—¿Se aburre usted?

EL.—Ni pensarlo. Si viajando en tan di-

(Sonriendo y diciendo con la vista lo contrario á lo que expresan sus palabras.)

Ante todo, le suplico pocas galanterías, que quizás podrían ser inoportunas... Seguramente, usted desconoce la situación

de su compañera de viaje... ¿Sabe usted por qué viaja ella? No, quizás va á ver por última vez á un ser querido. Tal vez, como la heroína de *El tren expreso* del poeta aludido por usted antes, va á buscar alivio á sus dolores espirituales ó la paz de un sepulcro. Figúrese usted —y no quiero decir que esto me ocurra— que yo me hallase bajo el peso de un dolor ó de una aflicción. No habría desplegado mis labios, y, aunque fuese todo lo divina que su galantería le haga ver, usted se habría aburrido. Y lo que quise ser una fineza, podía haber sido un sarcasmo...

EL.—(Aparte.) [Me ha apabullado! Pero he logrado lo principal. Iniciar el diálogo. (A ella.) Tiene usted razón. Pero debo alegar en mi descargo, que hablé de aquel modo fascinado por su hermo... ¿Lo ve usted? Iba á repetir mi inoportunidad... No me perdonaré nunca, si la molesté antes.

ELLA.—¡Oh! no; nada de eso; fué una lección que, como mayor en edad que usted, me permití darle, y que usted,

vina compañía me aburriese, sufriría el más estúpido de los aburrimientos. El de *dos en compañía*, que dijo nuestro poeta.

ELLA.—No lo crea usted. Cuando el poeta dijo eso, se refería á otra situación.

indudablemente, aunque sólo sea por la diferencia de edad, me agradecerá.

EL.—¿La diferencia de edad?... No es tanta. Creí que éramos coetáneos. Yo cuento veintidós años.



EL GUARDIA COMPASIVO



El guardia.—¡Pobrecilla, te vas á quedar cuaja llevando la pechuga al aire!

La trotacalles.—No, señor, no ve usted que como no hago más que moverme de un lao pa otro y de arriba pa abajo, entro en calor deseguida.

ELLA.—No oculto los míos. Yo, treinta.

El.—Ya ve usted: ¡ocho de diferencial!

ELLA.—Es que entre los veintidós y los treinta hay toda una vida.

El.—(Aparte). ¡Me vuelve loco! (Pausa).

ELLA.—No crea usted que me ha molestado. Comprendo que tuve yo la culpa al preguntar lo que usted no había de manifestar. Usted se aburría...

El.—Aburrirme, no, ¡Sufría!

ELLA.—¡Qué poco sabe usted lo que es sufrir! (Inciéndole con la mirada). Y ¿por qué sufría usted!

El.—Porque en el poco tiempo que he-

mos pasado aquí, he llegado á sentir por usted algo muy hondo y muy indefinible, mezcla de simpatía y adoración, y como usted no me hacía caso, sufría al verla tan cerca y tan lejos de mí...

ELLA.—¡Muy pronto se enamora usted!

El.—(Subyugado). Hablo muy loco. No sé si la ofenderé, pero no quedaría tranquilo si no descargase mi pecho de un secreto que me mortifica... La amo á usted, me está usted enloqueciendo... ¿He hablado bien? No lo sé; pero me lo pedía mi alma. Yo no la conozco más que para amarla... ¿Se ríe usted?

ELLA.—No está usted en su juicio...

El.—No me importa. Lo que me interesa mucho es saber qué piensa usted de mí.

ELLA.—(Poniéndose en pie y riendo maliciosamente al mismo tiempo que *El* se levanta de su asiento). Que es usted un niño muy travieso.

El.—(Aproximándose á *ELLA*, en cuya mirada brillante y expresiva, vibran todas las tentaciones y todo el calor del infierno. Balbuciente por el deseo). Un niño...

ELLA.—(Adivinando la situación y esquivando el bulto, se dirige á la ventanilla y baja el cristal). ¿Qué estación es ésta? No se distingue el rótulo...

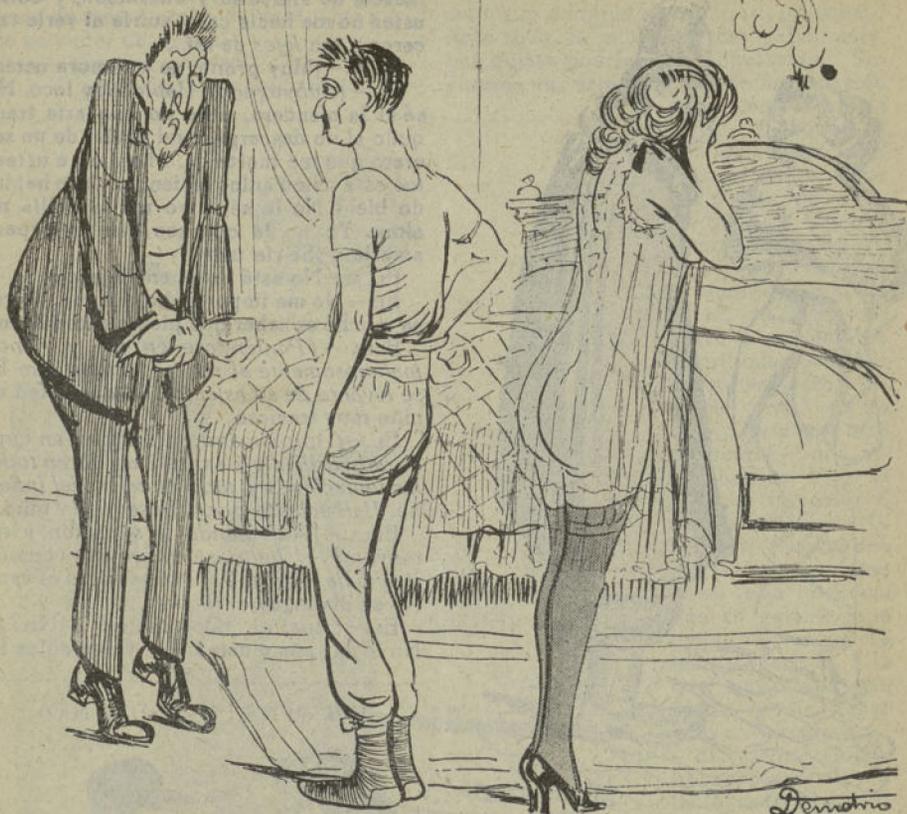
El.—(Aparte). ¡Qué mujer! (A *ELLA*). No le extrañe á usted. Las Compañías fe-

UN MARIDO «DIZNO»



El.—¿Te afeo yo el que pernoctes fuera de casa, ni te pregunto nunca que lo c'aces? Ahora bien, lo que yo te esijo es que hagas las cosas con *diznidá*.

LOS HAY TRANQUILOS.—(Rigurosamente exacto, me consta).



El padre.—¡Iníame, ha perdido usted á mi hijal!

El (tranquilo).—¡Pero qué voy á perder, si parece de Sindetikón!

rovriarias están tan convencidas de la comodidad de sus coches, que creen que los viajeros, desde que entran hasta que salen del tren, permanecen dormidos. Y por eso dejan á oscuras las estaciones.

(El tren parte de nuevo, El se sienta cerca, muy cerca de ELLA, tocándola ligeramente. Sus corazones palpitan violentamente. El la mira fijo, lascivo; arrojando llamaradas de pasión y de deseo por los ojos. ELLA no levanta la vista del suelo).

ELLA.—(Aparte). ¡Qué triste es verse abandonada y no ser libre!...

EL.—(Aparte). No la comprendo. ¿Será casada ó soltera ó...? (A ella.) ¿Se siente usted mal?... ¿Quiere usted dormir?...

ELLA.—(Arrebatada é inconsciente). ¡No! Precisamente me he despertado esta noche... ¡Bastante he dormido y bastantes pesadillas he soportado!

EL.—(Cogiéndola la mano y tomándola el pulso disimuladamente). ¡Tiene usted fiebre!

ELLA.—¡No, no! (Pausa).

EL.—Está usted enferma...

ELLA.—¡Qué empeño!

EL.—Pues contésteme usted.

ELLA.—¿A qué?

EL.—A lo que dije antes.

ELLA.—¿Qué quiere usted (Con triste displicencia) qué le diga?

EL.—(Lesando la mano de ELLA, con

cura). Mucho. Y sobre todo que me per-
mita usted lo que hago ahora.

ELLA.— (Riéndose y sin oponer resis-
tencia). Suelte usted. (Siente escalofríos
de placer por la espalda y un desvaneci-
miento enervante y profundo en
todo el cuerpo).

EL.—No, esto no lo suelto. Es
mi presa más codiciada.

(Cuchichean muy bajo, con
las manos entrelazadas. EL la
habla al oído, cerca y con lujur-
riosa elocuencia. ELLA le mira..
Le mira como si no quisiera per-
der una palabra, ni una mirada,
ni un suspiro de EL, que, suges-
tionado por aquellas miradas, la
coge, tembloroso, por la cintu-
ra. De vez en cuando se oye un
supiro).

EL.—Yo he sufrido muchos y
muy crueles desengaños, pero,
¡qué mejor bálsamo, para mis
heridas, que esta noche que paso
feliz!

ELLA.—¿Y sabe usted si yo soy
libre, ni si podré amarle, ni quién
soy?

EL.—Sé que es usted muy her-
mosa y que no soy desdeñado.
Lo demás, ¿qué importa?

ELLA.—¿Ve usted?... No escar-
mentamos... estamos exponién-
donos á un nuevo desengaño...

EL.—¿Desengaños? No pense-
mos en ellos. No amarguemos la
dicha. Nos queda media noche.
Estamos solos y enamorados...
¡Pues á vivir! ¿Quién puede pen-
sar nada triste al lado de esos
ojos, negros como el desenga-
ño, locos como cascabeles y su-
blimados por el fuego de amor?
(Besándola en los ojos. ELLA in-
tenta resistirse aunque muy débil-
mente).

ELLA.— (Viendo su cuerpo do-
minado por un placer muy ínti-
mo y muy vivo que llega hasta
la medula de sus huesos, hacién-
dola estremecer ligera y nervio-
samente con voz desfallecida)...
¡Suéltame!...

EL.—(Ciego, delirante, enloquecido por
la pasión y arrebatado por el deseo). No,
eres mía y no te suelto. Así querría estar
hasta que me sorprendiese la muerte.
Abre:ado á ti.

(El tren se aetiene. El fero! que alum-

bra el departamento, es retirado por el
encargado de limpiarlo. La estancia que-
da á oscuras durante unos minutos).

ELLA.— ¡Qué feliz soy!

EL.—No tanto como yo...

UNA «BUENA MUJER»



Una.—Chica yo soy así; en cuanto un hombre me moles-
ta, le niego el saludo y en paz.

La otra.—Pues yo no se lo niego á ninguno.

(Amanece. El tren se aproxima veloz-
mente á Zaragoza. ELLA sobre las rodillas
de EL, arreglando su peinado y su vestia-
do que lleva en desorden).

ELLA.— ¡Qué pronto ha pasado la noche!
¡Pronto nos separaremos!



No sabes lo que has dicho. El amor, digan lo que quieran muchos, no debe ser sedentario. Yo he hecho vida sedentaria en amor y he sufrido muchos y muy crueles desengaños. A este amor se refiere el aburrimiento de dos en com-

pañía, que citamos antes. Por eso, hoy, aconsejo á todos la bohemia en amor. La mejor bohemia y el mejor amor. No ames a Rosa ó Juana. Ama la mujer, á la hembra. Lo mismo rubia que morena. Adornada la belleza. A todas y á ninguna. Ve, como las mariposas, de flor en flor, sin detenerte mucho en ninguna... Algunos dicen que así no pueden ser felices. Pero tienen la seguridad de no ser desgraciados.

EL.—¡Pero eso es muy amargo!

ELLA.—Pero es cierto. ¡Ea suéltame! El tren entra en agujas. (Besándole, mejor dicho, aplastando sus labios contra los de EL, con la misma fruición con que el hombre rencoroso satisface su venganza). ¡Adiós! Sabe que eres el primero con quien he puesto en práctica mis teorías... Tú has sido mi primer amante. El otro fué mi verdugo. Mejor dicho, mi maestro, que también los maestros dan lecciones muy amargas. Tú no me harás daño como él; porque, de tu cariño, aunque me lo prometas, ni espero, ni deseo constancia.

EL.—Dime, al menos, tu nombre... Que en la soledad de mi vida pueda repetirlo y bendecirlo.

ELLA.—¿Mi nombre pides?... Para ti, que sólo una noche de dicha te he proporcionado, me llamaré siempre Felicidad. Manoseada mucho, con unas cuantas noches de amor más, me llamaría Tormento... ¡Lo sé por experiencia.

(El tren se detiene en Zaragoza. Al asomarse ELLA á la ventanilla, una señora y un caballero, jóvenes ambos, se acercan á saludarla).

EL MATRIMONIO.—¡Querida! ¿Qué tal? (Se saludan.)

ELLA.—(Con ira, con despecho y con

— Siento aproximarse al amor; lo malo es que me coge de espaldas... en fin, venga por donde venga, bien venido sea.

EL.—(Suplicante y amoroso). ¡No!

ELLA.—Sí, en Zaragoza.

EL.—¿Por qué te empeñas en ocultarme tu nombre y tu estado? ¿Por qué quieres separarte de mí?

ELLA.—Lo primero no te importa; lo segundo, por nuestra conveniencia, no lo quiero yo.

EL.—¿Piensas que no te adoro? ¿Crees que mi amor es un relámpago que se extingue casi antes de verse? Por ti abandono mi familia, dejo mis estudios, renuncio á mi porvenir...

ELLA.—No te esfuerces. ¡Has pasado una noche feliz? Pues no exijas más de una mujer.

EL.—Me enloqueces. Dame el último beso. Que sea largo. Toda la vida quisiera tenerte así, durmiéndote en mis brazos, arrullándote con mis besos.

ELLA.—(Sobresaltada y triste). ¡Beso no!



LEOPOLDO BEJARANO



El amo de decir cosas acertadas del asunto Marruecos, y el amo de las mujeres hechas; en cuanto una mujer pasa de los veintisiete años, ya es suya.

la alegría nerviosa del que se ha vengado.) ¿Y él?

EL MATRIMONIO.—Haciendo el pillo como siempre. ¡Qué marido! No merece la mujer que tiene... ¡Es digno de que le engañases!... ¿Recibiste nuestra carta?

ELLA.—Sí, pero hubiera preferido que se perdiese...

EL MATRIMONIO.—Ahí le tienes. Escandalizando al mundo con la bai arina que se fugó con él... Una mujer que ni es buena, ni es bonita, ni le quiere y no hace más que explotarle.

ELLA.—Lo de todos los maridos. Y en él lo de siempre, por lo menos desde poco después de casarnos, cuando aún no habíamos entrado en la plenitud de nuestra *una de miel*.

EL MATRIMONIO.—Con una mujercita tan buena como tú.

ELLA.—¡Creedme: ya me he cansado de serlo!... Sólo que yo no me sujetaré á uno solo. Para escarmiento basta con mi primer yugo. A él le domina una cualquiera. Yo quiero dominar á muchos ¡Hasta en eso voy á llevarle ventaja!... He aprovechado bien su lección. ¡La discípula será maestra!

EL MATRIMONIO.—¡Estés local! ¡Qué cosas dices!... ¿Estás enferma? Presentas muy mal aspecto...

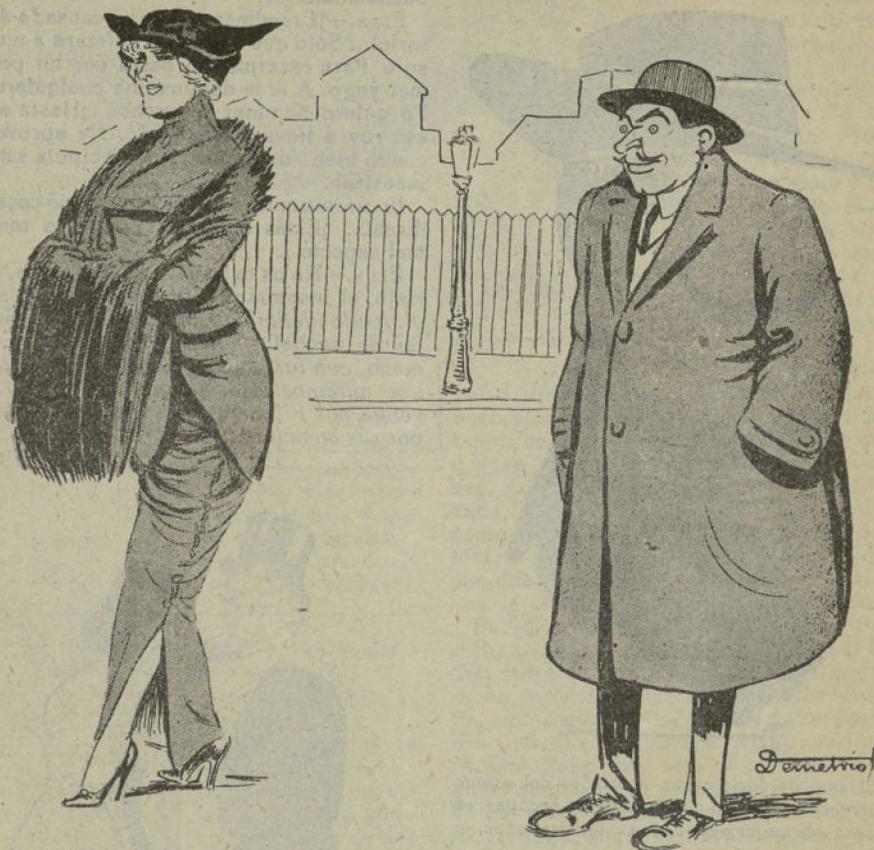
ELLA.—No os extrañe. Los disgustos, el viaje, el insomnio... (Mirándole á El de un modo indefinible) ¡Es muy pesado viajar de noche!... (A El, estrechando su mano, con furiosa alegría, con la gratitud que miramos el arma que nos ayudó á vengarnos) ¡Tantas gracias, caballero, por sus atenciones!



El.—¡Chica, en cuanto entro y te veo, rejuvenezco, parece que tengo diez y ocho años!

Ella.—Sí, eso me parece á mí cuando te veo entrar tan animoso; pero al poco rato me tengo que convencer que no son diez y ocho años.

PEOR QUE LA POLILLA



—Es definitivo: viendo estas mujeres, no le sirve á uno de nada el llevar alcanfor en el bolsillo.

EL.—(Muy triste.) A los pies de usted...
(Aparte, viéndola alejarse. Con la misma
y desesperada tristeza con que un avaro
debe dejar su tesoro al morirse.) ¡Tienes
razón! ¡Felicidad!... Sí, eso eres. ¡Por eso
pasas tan rápida y me dejas tan triste!...

El Bachiller CORCHUELO

Leed en EL LIBRO POPULAR

Cuernos y sabiduría

novela completa por
EMILIO CARRERE

20 céntimos

Biblioteca Regional de Madrid

...Y VAMOS TIRANDO

Es Elvira tan lista,
y es tan guapa á la par,
que aunque tuerce la vista...
me entusiasma al mirar.

A otros hombres les tuerzo
la mirada, ¡ay que ver!
pero á mí aunque se esfuerce,
¡qué me la ha de torcer!

Luis ESTESO

pues las verdades
aun pareciendo amargas
son saludables.

II

Un cuerno, en una calle,
¡vaya un encuentro!,
halló un usía,
y se quedó pensando
de quién sería.
Y mirando el hallazgo
con extrañeza,
no quitaba las manos
de su cabeza.

LA RUBIA ARTIFICIAL



—Cuando vivía mi marido me entraba con frecuencia un mareo en cuanto llegaba esta hora... ¡Ay, lector, ahora no me entra ni de vez en cuando!

LA VERDAD POR DELANTE

Seguidillas del entremés lírico LA MAJA
Y CELOSA, música del maestro J. Aroca.

(Los cantables de este entremés están inspirados en coplas populares de los últimos años del siglo XVIII).

I

La puerta de su casa,
todas las noches,
por descuidada,
deja la hermosa Filis
muy mal cerrada.
Ayer en la pradera
pisó un esparto;
le dió un dolor, y dijo:
¡Jesús, qué esparto!
Hay que evitar descuidos,
estar alerta,
y no dejar de noche
la puerta abierta.

—
La verdad por delante,
pece á quien pese,



La doncella.—¡Qué pelo más hermoso tiene la señorita, parece oro!

La señorita.—Eso mismo dice mi futuro esposo; pero tú que me conoces bien por dentro, te harás cargo del chasco que se llevará cuando nos casemos.

Le dió una maja:
Por lo chiquito,
se desprende, sin duda,
que es de un cabrito.

La verdad por delante,
pese á quien pese,
pues las verdades
aun pareciendo amargas
son saludables.

Jerónimo GÓMEZ

Misterio Hay en la habitación una semiobscuridad, que, velando los objetos, borrando la brusquedad de los perfiles y tapando totalmente toda nota vibrante de color, pone un encanto misterioso en la estancia. Por un intersticio de una de las maderas del balcón, penetra un rayo solar que cruza el gabinete formando mentida franja de

oro, por la cual se encaraman, lenta y juguetonamente, millones y millones de partículas que, al sentir la caricia del astro rey, sintiéronse poseídas de la más estúpida locura, que les impulsa á querer llegar hasta el sublime déspota de los espacios.

El rayo de sol, en su estoico caminar, ha ido á posarse en los endrinosos rizos de Luisa, que, sentada en el sofá, charla con Para, su compañera de sacerdocio venusino.

Nadie las escucha. La mamá duerme la siesta, y lo propio hacen las demás compañeras. Los amigos de la casa no acostumbra á ir por la tarde, y esta soledad facilita á las dos amigas, el poderse comunicar sus pensamientos más secretos, sus sentimientos más íntimos.

Hace rato que charlan, cuando quizá fatigadas ó tal vez por no tener que decirse, hacen una pausa en la conversación.

En el gabinete impera un silencio, engrandecido de tiempo en tiempo, por la voz de algún mendigo cantor ó por los

UN MARIDO JUSTO



Ella.—¿De dónde vendrás, borrache, sinvergüenza, granuja!..

El.—¿Tendrás valor para reñir e cuando te encuentro con dos hombres?

Ella.—¿Embustero, es uno solo!

El.—Perdone, ¿hije, es que to do lo ve o do ble.

quejumbrosos acordes de algún sexteto callejero. Otras veces es la antipática charla del loro que, encerrado en una verdosa jaula, luce su fea figura, la que rasga el silencio ó la tonada soporífera de la fámula que friega en la cocina, en tanto canta las añoranzas de un chulo que no conoció nunca, aunque lo desea más que vivir y cuéntese que es visja.

Luisa y Pura parecen entristecidas por el silencio, cuando la primera, acariciando á su amiga con caricias infantiles, torna á hablar con voz dulce de niña mimosa.

—Entonces no le quieres, Luisita.

—Sí, Pura; como quererle si le quiero.

—Pues, ¿por qué no le esperas?

—Porque, ¡ya ves!, la costumbre. En cuanto dan las nueve y escucho los sonidos del organillo, no puedo contenerme y me voy: me voy al baile, porque aquí, á esa hora, es todo silencio, quietud... y en el salón es todo algazara, ruido, bullicio.

¡Y que bailando no se acuerda una de nadal! Por eso me voy, ¿sabes?

—Pero él no quiere y se enfada, y si se enfada, terminará por no quererte.

—¿Tú lo crees?

—No le esperas nunca y él no falta.

—Pero no se enfada, como tú dices.

—Te juro que sí. Anoche mismo quería marcharse. Si no te llaman se va para no volver.

—¡Qué atontá eres, chical! Eso lo dicen pero no lo hacen.

—No lo creas: *mamá* misma —ya ves si *mamá* se va á engañar— decía que anoche te quedabas viuda.

Las últimas palabras dichas por Pura, han causado en el ánimo de Luisita gran impresión. Hase quedado pensativa y por sus verdes ojos, que dicen de ingenuas perversidades y de afrodisíacas intuiciones, pasa un rayo de duda, como si sus labios sangrantes hablaran impulsados por la fuerza del pensamiento, murmura quedamente:

—¿Se enfada?... Eatonces... ¿por qué no me pega?

El rayo de sol acaricia la frente de la hetaira, como si pretendiera iluminar su cerebro. Hasta el gabinete ilegal dulcemente trágicos, los sonidos de un violín que llora la muerte de *Mimi*.

Antonio HERREROS

Ya se acercan los bailes de Carnaval.

Sal y pimienta

Quiere doña Soledad, comprar á Evaristo Osuna dos partes, que tiene en una finca de su propiedad.



Ella.—Mira, Luis, esta cocinera no sabe hacer nada. Ayer, entre la doncella y yo, tuvimos que hacer una tortilla. De nada sirve que me pase todo el día sobre ella, y como comprenderás, así no puedo seguir; esta vida me mata.

Se ha valido de mil artes sin ver su empresa lograda, porque dice que por nada se desprende de sus partes.

Tiene don Félix Ochando una muchacha divina,

que ahora se está preparando,
para estudiar medicina.
Y dice, una friolera
va á costarme; menci mal,
que, en cuanto haga la carrera,
va á ganar un dineral.

Tomás ALMODÓVAR

¡Pero qué preciosidad de Almanaque
estamos haciendo!! ¡Será la dislocación!

Agentes exclusivos en Sud América
MASSIP Y PAJARES
RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con
las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA
GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron 3 pesetas.

Los quince gozes del matrimonio. 1 "

Misterios del lecho conyugal. 0,50 "

Se envía á provincias el libro que se desee remitiendo su importe, más 0,40 para
franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CINCO
COCO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Almanaque de "La Hoja de Parra"

Está en prensa un Almanaque en el que los chicos de LA HOJA DE PARRA nos proponemos hacer verdaderas locuras.

Escritores como Dicenta, Répide, Cristóbal de Castro, El Sastre del Campillo, Francés, Diego San José, Carrere, Bejarano, Carlos Miranda, F. Periquet, Asensio Más, López de Haro, Gil Asensio, Jerónimo Gómez, Cantó, César Jalón y otros muchos indocumentados, han enviado regocijantes artículos y poesías.

Artistas como Julita Forés, la Fernarína, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, La Goya, La Maravilla, Pepita Sevilla, Raquel Meller, La Argentina, Blanca Stella, Elvira Ferrero y Vicenta Vargas, cuentan desde El Confesonario sus intimidades y aventuras amorosas.

De los monos y fotografías se han encaigado los pobrecitos Tovar, Demetrio, Cyrano, Robledano, Marín, Galván, Acedo, Ciria, Walery, Alfonso, Kaulac, Enrique, Calvache, etc.

Nuestro Almanaque irá impreso en papel «couché», la portada y contraportada serán dos tricolores estupendos, tendrá una barbaridad de hojas y costará...

No queremos decir lo que costará para que la sorpresa y agrado del público sean mayores.

Costará una pequeñez